

Marco se inclinó hasta donde le era posible, y colocó la flecha en el arco: respiró hondo y esperó. Entrecerró los ojos, y avanzó por la rama del árbol un pie más, hasta el límite de lo sensato: más allá la rama se estrechaba y estaba cubierta de hojitas tiernas, y no soportaría su peso, y si se rompía, caería encima de Aselo, que se encontraba agazapado entre los arbustos, tan oculto que Marco apenas distinguía la túnica parda con la que se vestía.

Se concentró de nuevo en la presa: en el claro, en su campo de tiro, un jabalí hozaba entre las raíces. Desde su puesto, Marco escuchaba cómo buscaba setas o lo que fuera que un jabalí encontrara apetecible en primavera, y sus gruñido de satisfacción. Era un ejemplar adulto, grande, con unos colmillos que le hicieron sentirse agradecido por encontrarse a considerable distancia sobre el suelo, y no en él, protegido apenas por unas ramas, como su esclavo.

La idea había sido de Aselo, claro, como casi todas.

-¿Cómo se te pueden ocurrir tantas maldades? -se lamentaba a menudo Teseo, el apacible preceptor de la familia, que observaba a Aselo como si fuera un milagro de la naturaleza.

Él se encogía de hombros.

- No lo sé. Es un don.

El don de Aselo le situaba a él y a su joven amo más de una vez en situaciones comprometidas, y les conseguía castigos a menudo, pero la vida sin él hubiera sido un completo aburrimiento. De manera que cuando, aquel precioso día de Iunious, (Junio) habían dejado su casa para salir a cazar, aquello no era más que el principio de una de las trepidantes jornadas en las que sabían cuándo salían, y qué pensaban hacer, pero no cuándo regresarían, ni qué pasaría mientras tanto.

Después del largo y duro invierno de la Lusitania, los dos jovencitos estaban impacientes por aprovechar el campo, el sol y el buen tiempo. El día anterior, mientras Marco y su hermana Junia tomaban la lección con Teseo, Aselo había comenzado a hablar por señas con él desde el otro lado del peristilo. El anciano preceptor había fingido no reparar en los gestos, cada vez más exagerados, de los dos, ni en las risita de Junia que no podía contenerlas ni aunque se tapara la boca con la mano. - Muy bien -dijo, cuando al final logró tomarle a Marco la lección de Historia-, doy por finalizada la clase. Y por el ajetreo que adivino detrás de los olivos del peristilo, adivino que Aselo ha descubierto algo importantísimo, como unos nidos de cigüeña nuevos, que necesariamente tiene que enseñar al amo. De manera que doy por sentado que mañana me encontraré solo aquí, con la joven Junia, y no me quejaré de mi amarga suerte ni del desprecio que mi discípulo siente por el conocimiento, sino que esperaré con paciencia a que regrese antes de la hora nona (las tres de la tarde) antes de quejarme

por su ausencia. Pero ¡Ay de él si no está de regreso cuando pierda esa paciencia! Porque entonces le contaré a Cornelio que no he visto al amo durante toda la mañana, y quién sabe qué puede ocurrir.

Marco se rió, y recogió sus útiles de escritura, el estilo y la tablilla cubierta de cera.

- Eres el mejor preceptor de toda Emérita Augusta, Teseo, y posiblemente también del mundo entero.

- Posiblemente -admitió él.

-¿Quieres acompañarnos, maestro?

- No, ya estoy mayor, y hoy me duelen las rodillas. Quién sabe qué me dolerá mañana. Confío en tu buen criterio, amo, en que obedecerás este flojo límite que te impongo, y que sabrás mantenerte lejos de todo peligro.

-¿Y yo? -dijo Junia- ¿No puedo ir?

-Tú no quieres venir con nosotros. Lo dices solo por llamar la atención y por conseguir algo a cambio.

Junia hizo un de sus mohínes encantadores de enfado, que a Marco le sacaban de quicio. Su hermana tenía ya diez años, pero continuaba comportándose como un bebé, y, a lo que parecía, tenía a todos engañados menos a él, porque la consentían y mimaban como si apenas fuera capaz de dar un paso por sí misma.

-Claro que sí, mi emperatriz -dijo Teseo-. Haremos algo que te divierta, ya que nos dejan solos.

Marco puso los ojos en blanco ante la expresión de triunfo de su hermana, y aprovechó para tirarle del pelo cuando pasó junto a ella para reunirse con Aselo.

- ¡Ayyyyyyyyy, Teseo, me ha hecho daño!

-¡Una matrona romana no se queja nunca! -gritó Marco, y le hizo burla desde lejos. Uno de sus perros, Leo, se levantó del mosaico donde aguardaba, aburrido, y comenzó a saltar a su alrededor. Los otros dos se le unieron, y comenzó la fiesta.

-¿Qué te ha dicho Teseo? -preguntó el esclavo.

-Nada. ¡Chist! -le indicó a los perros, que aullaban, felices, mientras competían por perseguirse- ¡No oigo ni mis pensamientos! Tenemos que estar de regreso a la hora nona.

-Intentaremos darnos prisa -prometió Aselo-, porque mi plan nos lleva fuera de la ciudad. Han visto ciervos en el bosquecillo de la colina de camino a Metellinum ¿sabes cual te digo?

A Marco se le aceleró el corazón. Sabía qué significaba aquello. Desde hacía casi un mes ardían en deseos de probar las nuevas flechas que su padrino le había enviado desde Corduba, unas auténticas saetas de adulto, con puntas metálicas, adecuadas para la caza de piezas mayores que los conejos o los pájaros que hasta entonces conseguían. Pero o bien por la lluvia, por el exceso de estudios o por falta de oportunidad, no lo habían logrado.

- *La espera siempre obtiene su recompensa* -pensó, cuando amaneció un día claro y luminoso. Con esos primeros rayos de sol Aselo le había despertado. Cogieron los arcos y las flechas, y se deslizaron sin ruido por la casa, escamotearon dos panes bastante hermosos de la cocina y un trozo de queso

grande, que sin duda sería echado en falta; pero ya se preocuparían de eso más tarde. Ase lo cogió a *Burro*, su pequeño burro gris, y Marco a su mula *Caballo*. Las mulas de la casa eran cruces de yegua y de burro, y por lo general, adoptaban un aspecto intermedio, pero *Caballo* había decidido que se aavergonzaba de sus familiares burros, y era lo más parecido a su madre que se podría encontrar, alta, estilizada, de patas finas y orejas cortas.

Lo de llamar *Caballo* a una mula era cosa de Junia, que cuando era pequeña señalaba todo con el dedo, y soltaba con su media lengua la primera palabra que hubiera aprendido. A Marco lo habían llamado *Aco* hasta que cuando cumplió los diez años suplicó que, por favor, usaran su nombre completo, o sería Aco Claudio Albius por el resto de su vida.

Como todos, esclavos y libertos, consideraban que cuando Junia hacía eso era adorable, la casa Albius se encontraba plagada de nombres mal asignados, de apodosos raros y, en general, de rarezas en las que la familia solo reparaba cuando recibían a algún huésped, que se sorprendía de que un chico de doce años como Marco tuviera ya un caballo propio.

- No, es una mula. -le explicaban.

- Ah. Creía haber oído caballo.

- Sí. Es que es *Caballo*.

-¿La mula?

- Sí, la mula *Caballo*.

*Caballo*, eso sí, era terca como una mula, pero aquellas horas intempestivas debieron tomarla por sorpresa, y se dejó conducir con docilidad por las calles secundarias de Emérita Augusta que Ase lo había escogido para pasar desapercibidos. Luego, cuando percibió el olor del campo le temblaron por un momento las orejitas y pareció que sonreía. *Caballo* tenía sus manías y sus preferencias, y entre ellas se encontraba el que no le gustaba la ciudad, ni caminar sobre sus adoquines.

-Bien, ¿Y ahora qué? -preguntó Marco a su compañeros, que cabalgaba a su lado, tan feliz como él.

-Ahora, vas a cobrar tu primera pieza de caza importante, amo, y o mucho me equivoco, o cuando se la llevemos a Cornelio y se la dejemos a los pies, comenzará a tratarte con otra consideración, y a mí, con cierto respeto. Siguen pensando que somos unos niños, y mientras nos comportemos como tales, no conseguiremos nada de lo que queremos.